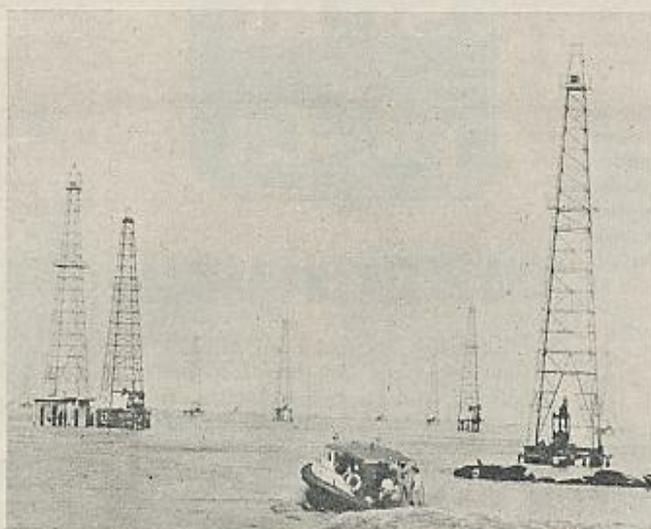


DOS príncipes de la familia real de Arabia Saudita acaban de ingresar en el Consejo de Administración de la General Motors, número uno de la industria automovilística mundial, de la que son principales accionistas. La compañía kuwaitiana de inversiones lanza su cadena de hoteles Noches de Arabia, que jalonarán el territorio de los Estados Unidos. El jeque de Abu-Dhabi acaba de asumir el control del 30 por 100 del capital del Columbia Broadcasting System, una de las más importantes redes americanas de radio y televisión. Así ampliará su imperio, que comprende ya el diario 'Washington Star News' y el grupo cinematográfico Metro Goldwyn Mayer, de Hollywood. La Casa Blanca ha publicado un comunicado en elogio de las enormes inversiones de los 'aliados árabes' que contribuyen al fortalecimiento del dólar. En ese mismo comunicado de la Casa Blanca se manifiesta cierta aprensión respecto de las negociaciones entre Francia, por un lado, y, por otro, dos países que desean adquirir armas nucleares: Libia e Irak...". El anterior extracto pertenece a un artículo de «financiación» publicado por el semanario americano «Time», que trata de imaginarse lo que pasará en Wall Street en 1980.

En realidad, los ingresos petroleros de los países productores del Oriente Próximo y Medio, que son actualmente de unos diez mil millones de dólares al año, podrían llegar a los treinta mil millones en 1980. Para esa fecha, las reservas de divisas de Arabia Saudita sola (dos mil quinientos millones de dólares en la actualidad) serán del orden de los treinta mil millones, es decir, tres veces el volumen actual de las reservas norteamericanas. Esta manía financiera permitirá una intervención masiva de los «árabe-dólares» en los mercados financieros internacionales.

Pero, ¿cuánto valdrá el dólar en 1980? Hoy por hoy, nadie puede responder de forma válida a esta pregunta, dado que la moneda estadounidense ha sido devaluada en un 18 por 100 en un plazo de quince meses.

Para precaverse contra futuras devaluaciones del dólar, los países productores agrupados en la OPEP (Irán, Irak, Abu-Dhabi, Libia, Argelia, Indonesia y Venezuela) firmaron en Ginebra en enero de 1972, es decir, a raíz de la primera devaluación, un acuerdo por el que las compañías productoras les ofrecían garantías con-



EL PRECIO DEL ORO NEGRO

tra tal riesgo. Sin embargo, después de la segunda devaluación del pasado febrero, la OPEP exigió de las compañías una revisión de las cláusulas de dicho acuerdo, cuya aplicación había revaluado los cánones en una proporción inferior al 10 por 100 de devaluación que había sufrido el dólar.

En Beirut, primero, luego en Trípoli, los delegados de la OPEP, señores Mabrouk, ministro libio del Petróleo, Attiki (Kuwait) y Hamadi (Irak), se han reunido recientemente con los representantes de las compañías encabezadas por mister Sudcliffe, de la British Petroleum. Los primeros pedían una elevación de los cánones de un 11 o un 12 por 100. Las compañías no estaban dispuestas a ofrecer más que un 6 o un 7 por 100. En el último encuentro, celebrado en la capital libia el 9 de mayo, no se pudo llegar a ningún acuerdo sobre la base del 9 por 100. Al mismo tiempo, el Gobierno del coronel Gadaffi actuaba por cuenta propia al anunciar su intención de confiscar los intereses petroleros extranjeros en Libia.

El sábado 26 de mayo, los miembros de la OPEP se reunieron en Viena para tratar de

hacer frente a la situación. Allí se perfilaron dos tendencias opuestas. Por un lado, la de los «progresistas», partidarios de tomar medidas revolucionarias contra las compañías e imponerles cánones altísimos. Se trata, sobre todo, de Argelia, Irak y Libia. Por otro lado, la tendencia «moderada» de los países conservadores, que mantienen estrechas relaciones con los Estados Unidos y no quisieran matar la «gallina de los huevos de oro» rompiendo con las compañías. Encabezan esta tendencia el Irán y la Arabia Saudita, cuya producción de petróleo representa por sí sola más de la mitad del total procedente del Oriente Próximo y Medio. En las anteriores crisis petroleras que culminaron en los acuerdos de Teherán (febrero de 1971) y Trípoli (abril de 1971) en torno al sistema fiscal, y el de Nueva York (octubre de 1972) sobre la «participación», prevaleció la acción moderadora de los dos «Supergrandes» del petróleo.

Esa acción moderadora tendrá tanto más peso cuanto que el Irán firmó el 24 de mayo un acuerdo por el que se le concede el control total de su industria petrolera a cambio del compromiso de abas-

tecer, en las condiciones más ventajosas para ellas, a las compañías integrantes del «consorcio».

Aunque divididos, los países de la OPEP poseen un decisivo poder de disuasión, ya que pueden amenazar con restringir sus suministros e incluso con cerrar totalmente el grifo en unos momentos en que el mercado de este crudo tiende al alza y en que muchas zonas están pésimamente abastecidas. Así, en los Estados Unidos, la incuria administrativa y la mala gestión de diversas compañías han provocado este invierno frecuentes interrupciones en el suministro de combustible, por lo que hubieron de cerrar provisionalmente escuelas y oficinas en algunas regiones del país.

Por otro lado, la acción reivindicadora de la OPEP se ve facilitada por las disensiones entre las compañías favorables a una política dura y las que creen preferible hacer concesiones financieras a llegar a un enfrentamiento que pudiese desembocar en la nacionalización pura y simple de las compañías extranjeras. Para colmo, tampoco los Gobiernos de los países consumidores logran ponerse de acuerdo, como ya se vio en la reunión del comité energético de la OCDE, celebrada en París el 22 de mayo.

A pesar de las crecientes puncciones fiscales que vienen sufriendo desde 1971, a pesar de las nacionalizaciones parciales o totales de que han sido objeto en Irak, Argelia, Libia, Indonesia y Latinoamérica, las mayores sociedades petrolíferas internacionales marchan viento en popa. El rápido crecimiento del consumo hace aumentar de modo considerable sus beneficios. Por otro lado, el aumento de los costes de producción del crudo, debido a las cada vez más importantes cargas fiscales, revierte directamente sobre el consumidor, que es el auténtico perjudicado.

Para prevenirse contra los riesgos que corren en Oriente, las compañías se han lanzado febrilmente a la prospección de varias zonas del mar del Norte y Alaska, donde han obtenido resultados muy alentadores. Sin embargo, las prospecciones en estas zonas inhospitalarias exigen ingentes inversiones. Las compañías deberán gastar en su conjunto un billón de dólares, aproximadamente, para hacer frente a las necesidades crecientes del consumo. Naturalmente, no serán sólo los Bancos quienes proporcionen ese dinero: los consumidores habrán de cargar con gran parte del peso. ■ JACQUES MORNAND.